



MARTÍN BORDENAVE

Religión y política en Medio Oriente

POR ENRIQUE HERSZKOWICH

Profesor de Historia (UBA), especialista en Ciencias Sociales, con mención en Historia (UNQui). Es Becario PROFITE para la culminación de su tesis de Maestría (Ministerio de Educación). Se desempeña como Jefe de Trabajos Prácticos de Sociología del Medio Oriente en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Prácticamente todas las noticias que los medios nos transmiten desde Medio Oriente hacen referencia, de alguna manera, a la religión de los hombres, las organizaciones o las sociedades aludidas. Así, sabemos que el Hamás palestino y el Hizbollah libanés son dos *organizaciones islámicas*, que el régimen iraní es heredero de la Revolución Islámica, que la guerra civil en Iraq enfrenta a distintas facciones de shiíes y sunníes, que algo similar sucede en el Líbano, entre otros muchos ejemplos, pasando por los talibán de Afganistán, o los *yihadistas* de Al Qaida, y culminando en el nuevo actor del Medio Oriente, conocido, justamente, como *Estado Islámico*. Para complicar más las cosas, el único Estado que no es islámico... es judío.

¿Por qué es, en el Medio Oriente, tan relevante la aclaramiento de la confesión de los actores políticos? ¿Se trata acaso de *sociedades religiosas*, que se enfrentan en *guerras de religión*? ¿Es el celo religioso, casi fanático, de co-

lectivos sectarios, dispuestos a sacrificar sus vidas en nombre de lo sagrado, el principal factor de análisis que debemos considerar en el Medio Oriente? ¿O, por el contrario, se trata de relaciones, enfrentamientos o conflictos motivados por cuestiones políticas o económicas, pero que utilizan el *lenguaje de la religión* para legitimar sus acciones y condenar las de sus adversarios?

Por último, ¿es sólo un prejuicio occidental enfatizar la religión de los colectivos que se enfrentan, o ciertamente en el Medio Oriente es importante la adscripción de esos colectivos religiosos?

LA RELIGIÓN EN LA CONTESTACIÓN POLÍTICA

Efectivamente, en los últimos cuarenta años, la religión, particularmente el islam, se ha convertido, en el Medio Oriente, en un factor movilizador de millones de personas. Esa movilización legitimada por un discurso islámico, ha resultado, por el momento, más efectiva que ▶

▶ otros discursos de legitimidad. Si bien ese *islam político* existe por lo menos desde finales del siglo XIX, y con organizaciones modernas desde la década del veinte del siglo pasado, su irrupción en la agenda de la política internacional estuvo marcada, sin duda, por la Revolución iraní de 1979, conocida, justamente, como *Revolución Islámica*. Si bien se trató de un movimiento que, en origen, agrupaba a varios sectores de intereses diversos, que sólo eran amalgamados por su oposición a la monarquía del Sha, rápidamente, fue hegemonizado totalmente por el sector religioso, liderado por Jomeini, quien instauró un nuevo régimen, conocido como República islámica. Esa república, que combinaba por un lado, un régimen democrático con división de poderes, y por el otro, el control de los candidatos y las leyes por consejos religiosos que evaluaban la *islamicidad* de los mismos, fue legitimada en un referéndum y apoyada por la mayoría de la población.

A PARTIR DEL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN ISLÁMICA, FUERON MÚLTIPLES LAS ORGANIZACIONES DE OPOSICIÓN, EN GRAN PARTE DEL MUNDO ÁRABE, QUE TOMARON DE ELLA EL LENGUAJE ISLÁMICO Y LA VÍA MILITAR PARA ENFRENTAR A SUS ENEMIGOS, TANTO INTERNOS COMO EXTERNOS.

A partir del triunfo de la Revolución Islámica, fueron múltiples las organizaciones de oposición, en gran parte del mundo árabe, que tomaron de ella el lenguaje islámico y la vía militar para enfrentar a sus enemigos, tanto internos como externos. Así, surgieron o crecieron múltiples organizaciones que tomaban la movilización y la lucha, basadas en el islam, *como había sucedido en Irán*, aunque sus objetivos y proyectos fueran bien diferentes a los de la Revolución Islámica.

Entre los numerosos ejemplos, en Egipto creció y sumó militantes *Takfir wal Hiyra* (excomuniación o anatema y exilio), a la que se atribuye el asesinato del presidente egipcio Sadat en 1981, acusado de apostasía por su lucha contra los sectores religiosos y por el tratado firmado con Israel. A comienzo de la década del ochenta, una escisión de la Hermandad Musulmana palestina, reprochándole a ésta su quietismo, fundó la *Yihad Islámica*, asumiendo la responsabilidad de ataques terroristas contra blancos israelíes. Pocos años después, al calor de la Intifada de 1987, la misma Hermandad Musulmana decidió cambiar su política y pasar a la confrontación armada directa contra Israel, creando el *Movimiento de Resistencia Islámico*, o *Hamás*. En esa misma época, Israel, que había invadido el territorio libanés, en 1982, para derrotar a la laica Organización para la Liberación de Palestina, debió enfrentar a las milicias del *Partido de Dios*, o *Hizballah*, que asumía el mismo nombre que una de las organizaciones de la nueva República Islámica. En 1989 fue fundado en Argelia el *Frente Islámico de Salvación*, que, con un lenguaje islámico sería el primer partido que derrotó al laico Frente de Liberación Nacional, que gobernaba el país desde 1962 después de haber conducido la guerra de independencia, antes de ser ilegalizado y pasar a la clandestinidad.

Al mismo tiempo, mientras la influencia de la Revolución iraní penetraba en algunos sectores del mundo árabe, otro modelo del islam, inspirado en el reino de Arabia Saudí, también comenzaba a expandir su discurso. Desde 1979, el mismo año del cambio de régimen en Irán, Arabia Saudí organizaba y legitimaba la formación de las milicias que, en nombre del islam, viajaban a Afganistán para enfrentarse a los invasores soviéticos. De esa experiencia surgirían, varios años después, tanto los *talibán* (estudiantes de religión) afganos, como la organización conocida como *Al Qaida*.

Todas estas organizaciones, tomadas como ejemplos, adoptaban al islam tanto en las denominaciones con las que se presentaban al mundo, como en los discursos que legitimaban sus actos y denostaban a los de sus enemigos. Asimismo, era también *islámica* la sociedad que anunciaban tras los eventuales triunfos de sus luchas.

En conjunto, forman parte de lo que denominamos *islamismo* o *islam político*, y su éxito en la movilización,

¿CÓMO PODEMOS EXPLICAR ESTE ÉXITO DEL DISCURSO ISLÁMICO? ¿SE DEBE A SUS "REIVINDICACIONES RELIGIOSAS" (PROHIBICIÓN DEL ALCOHOL, SEGREGACIÓN DE SEXOS EN ESPACIOS PÚBLICOS, CONDENA DEL INTERÉS, EXIGENCIA DE "RECATO Y MODESTIA" EN LOS COMPORTAMIENTOS Y LAS VESTIMENTAS FEMENINAS, ETCÉTERA)?

¿O, POR EL CONTRARIO, HAN SIDO ESTOS PARTIDOS LOS QUE MEJOR HAN EXPRESADO OTRO TIPO DE REIVINDICACIONES, MÁS "UNIVERSALES" (DEMOCRACIA, JUSTICIA SOCIAL, LUCHA CONTRA LA CORRUPCIÓN, ENTRE OTRAS)? SI ASÍ FUERA, ¿POR QUÉ HA SIDO EL LENGUAJE RELIGIOSO EL MÁS EFECTIVO PARA LOGRAR LA MOVILIZACIÓN, INCLUSO DESPUÉS DE AÑOS DE RÉGIMENES QUE REIVINDICABAN EL LAICISMO Y CIERTA SEPARACIÓN DE LA RELIGIÓN Y EL ESTADO?

es indiscutido. De hecho, muchos años después, tras la debacle de los regímenes tradicionales que significó el proceso conocido como *Primavera Árabe*, allí donde hubo elecciones democráticas (Túnez y Egipto, por ejemplo), fueron los partidos islámicos los que demostraron contar con más apoyo de las sociedades árabes.

Pero, ¿cómo podemos explicar este éxito del discurso islámico? ¿Se debe a sus "reivindicaciones religiosas" (prohibición del alcohol, segregación de sexos en espacios públicos, condena del interés, exigencia de "recato y modestia" en los comportamientos y las vestimentas femeninas, etcétera)? ¿O, por el contrario, han sido estos partidos los que mejor han expresado otro tipo de reivindicaciones, más "universales" (democracia, justicia social, lucha contra la corrupción, entre otras)? Si así fuera, ¿por qué ha sido el lenguaje religioso el más efectivo para lograr la movilización, incluso después de años de regímenes que reivindicaban el laicismo y cierta separación de la religión y el Estado?

LAS TRAMPAS DE LAS CIVILIZACIONES

En los diversos análisis que se realizan sobre el islam político, aún existe aquel que sobrevalora pretendidas *características culturales* (o religiosas) de la *civilización árabe* o musulmana. Así, se pretende explicar que en el islam *no existe separación entre religión y política*, que el islam es *incompatible con la democracia*, o incluso se habla de *vestimenta o leyes islámicas*. El problema de estos enfoques es múltiple. En primer lugar, porque se utiliza la *cultura* de manera idéntica a como se hubiera utilizado, en otra época, el concepto de *raza*. Es decir, se pretende asignar a determinado colectivo ciertas características, comportamientos, actitudes o capacidades ya *dadas, esenciales*, que no admitirían cambios o transformaciones a través del tiempo. Pero la corrección política que evita recurrir a la *raza* no impide generar los mismos prejuicios y preconceptos, además de análisis erróneos, cuando utiliza de esta manera el término *cultura*.

Por otra parte, este tipo de análisis ignora absolutamente las variables históricas. Es decir, las particularidades, los cambios, las transformaciones y las rupturas, que se dan a lo largo del tiempo en espacios y sociedades determinadas. De hecho, el enfoque basado en las *civilizaciones* con determinadas marcas *culturales* (o religiosas) supone la existencia, sin solución de continuidad, de una civilización islámica, de Marruecos a Indonesia, inmutable desde hace casi diez siglos.

Sin embargo, aun las variadas versiones del islam que se viven en los distintos territorios desmienten tal unidad. De hecho, las particularidades de las diferentes organizaciones incluidas dentro del *islam político* dependen de variables históricas, procesos políticos o económicos, en fin, de los diferentes desarrollos históricos ▶

► de cada una de las sociedades en las que esas organizaciones se desempeñan. Por esa razón, algunos de los partidos *islámicos* pueden explicarse a partir de demandas de clase, o materiales, mientras que otros responden a situaciones políticas particulares.

RELIGIÓN E IDENTIDAD

En abstracto, un discurso basado exclusivamente en la religión puede pretender superar las barreras nacionales, étnicas, de clase, etcétera. Sin embargo, muchas de las organizaciones *islámicas* han surgido y se han desarrollado como *movimientos de liberación nacional*, y han basado su legitimidad, mucho más que en los *valores islámicos*, en la lucha contra el invasor foráneo. Claramente, ése ha sido el caso de movimientos como el Hamás o el Hizballah. Por otra parte, otras organizaciones *islámicas* han, efectivamente, superado las cuestiones nacionales, reivindicando cierto internacionalismo o, por lo menos, pretensión de universalidad. Ese sería, por ejemplo, el caso de organizaciones como *Al Qaida*, entidad que permitía que diversas agrupaciones, sin unidad orgánica, política, ni programática, pudieran reivindicarse como parte de ella en Yemen, Londres, Madrid o Nueva York.

En cualquier caso, y más allá de los reparos señalados para la sobrevaloración de las cuestiones culturales, el islam como discurso político sí puede ser identificado como un factor de identidad. Sin embargo, el camino recorrido en los análisis de este tipo debe ser el inverso a aquel que siguen las miradas *esencialistas*. Mientras que en éstas se parte de que las culturas (o religiones) determinan, ahistóricamente, el comportamiento y las actitudes respecto a la democracia, el respeto a los Derechos Humanos, la posiciones frente a la violencia, etcétera. En cambio, ahora se trataría de ver al islam como un discurso de legitimidad hallado para mantener luchas políticas atravesadas, justamente, por las condiciones concretas de determinados espacios y tiempos.

Pero, ¿por qué esas luchas, que pueden ser políticas o económicas, adoptan el discurso islámico? Quizá, según esta perspectiva, porque el islam es considerado como una señal identitaria que permite un lenguaje autóctono, *nativo*, una suerte de idioma que encarna la resistencia a Occidente, al norte, o a la dependencia. En esos casos, entonces, podríamos explicar al *islam político* enfatizando la importancia otorgada a las cuestiones culturales, pero no porque esas cuestiones sean inmutables, sino porque se manifiestan como símbolo de la resistencia contra los agentes identificados como opresores.

EL FRACASO DE LOS OTROS. EL ISLAM LIBERADOR

En gran parte del mundo árabe y musulmán, desde mediados del siglo XX, y a veces incluso desde antes, predominaron regímenes que, con diversos discursos de legitimidad, limitaron o eliminaron las libertades civiles mínimas. Tanto monarquías absolutistas, como regímenes de partido único persiguieron a la oposición y en nombre de la tradición, del socialismo o el nacionalismo árabe, mantuvieron a sus pueblos sometidos a décadas de autoritarismo y control represivo.

Inmediatamente después de la desintegración del Imperio otomano, el criterio de legitimidad, en la mayor parte del mundo árabe, fue el *liberal*, es decir, el de regímenes presidencialistas o de monarquías parlamentarias (según los modelos de Francia y Gran Bretaña, respectivamente), que adoptaban las *formas* de los regímenes europeos, pero que lo hacían sin establecer verdaderas instituciones democráticas.

Hacia la segunda posguerra, con el auge de los procesos de descolonización, el mundo árabe fue sacudido por lo que se denominó el *socialismo*, o, paradójicamente de manera intercambiable, *nacionalismo árabe*. Estos nuevos regímenes, con un fuerte discurso anticolonialista, y en general antioccidental, sin renegar del islam, se reivindicaron *laicos*, sobre todo en la prioridad dada a la *nación árabe* por sobre la cuestión religiosa. Generalmente a partir de

regímenes de partido único, su veta "socialista" estaba dada por el control del Estado de las principales variantes de la economía, y por incluir, por lo menos en su programa, metas orientadas a la extensión de la justicia social.

El comienzo del declive soviético y, fundamentalmente, el fracaso de los distintos gobiernos en cumplir con las metas sociales y económicas anunciadas, hicieron entrar en crisis este modelo hacia la década del setenta, dando lugar a un período de *capitalismo de Estado* que, liberalizando relativamente la economía, pero manteniendo la represión política, buscaron atraer inversiones extranjeras que profundizaron aún más las diferencias sociales dentro de casa país.

La crisis del precio de los hidrocarburos durante la década del ochenta y el fin de la Guerra Fría, entre otros factores, terminaron por corroer las bases de los Estados rentistas, y, fundamentalmente, su legitimidad.

Desde el punto de vista político, todos estos regímenes fueron igualmente cerrados, persiguiendo tanto a la oposición de izquierda como las agrupaciones religiosas que cuestionaban la sumisión hacia el Estado del *islam oficial*, es decir, los altos clérigos que, con sus dictámenes, dotaban de legitimidad a cada uno de los gobernantes.

Justamente, ése fue el período del comienzo del auge del islam político, cuyos representantes, según las particularidades de cada país, asumieron la lucha por el logro de aquellas reivindicaciones que en cada régimen aparecía como faltas: la libertad política, la lucha contra la corrupción, el desempleo, el aumento de los precios de los alimentos, las alianzas con Occidente, etcétera.

HACIA EL FUTURO. EL PROYECTO ISLÁMICO

Efectivamente, como discurso contestatario el islam permite aglutinar a diversos colectivos, incluso de intereses contrapuestos. Como todo discurso cuyo eje es el comportamiento ético (la denuncia del comportamiento inmoral del soberano), puede atravesar las barreras de clase, regionales, étnicas, e incluso políticas e ideológicas. Esa es una de las principales razones por las cuales las agrupaciones islámicas pudieron *ponerse a la vanguardia* de determinadas luchas, sin que eso signifique

ser la vanguardia, sino, más bien, aglutinar tras de sí los movimientos existentes.

Sin embargo, esa misma ventaja puede llegar a ser un obstáculo para algunas organizaciones a la hora de establecer un proyecto político. Es posible que las consignas concretas, como independencia, redistribución, democracia, rebaja de impuestos, etc., sólo cree entre los movilizados y las agrupaciones islamistas una comunidad de intereses de corto plazo, pero no necesariamente una alianza estable. Pueden acercarse en un plano "cultural", en el "lenguaje autóctono", en cierta sensibilidad en la manera de abordar ciertas realidades sociales, en momentos de crisis o de transición. Mientras esas agrupaciones puedan mantener los debates *en su terreno*, es decir, en el objetivo de la creación de la *sociedad islámica ideal*, su poder de convocatoria y movilización es extremadamente efectivo.

El problema no es, entonces, la consigna para la movilización, sino los programas que seguir al día siguiente del triunfo. Porque que las agrupaciones islámicas adopten las reivindicaciones de las mayorías, no significa que esas reivindicaciones sean, en sí mismas, islámicas. Más allá de los acuerdos en cuanto a los códigos que regulan las relaciones entre los sexos, los rituales, o las fuentes de legitimidad, serán las luchas de los sectores de diferentes intereses las que determinen, en el largo plazo, el éxito de las agrupaciones *islámicas*.

Sobre todo en Occidente, se ha tendido, muchas veces a idealizar los aspectos positivos de las agrupaciones islámicas. Así, por el hecho de oponerse a la hegemonía de los Estados Unidos y sus aliados, se hizo de ellos un sujeto revolucionario, democratizador y portador de una justicia expropiada.

Así, la religión bien pudo ser, parafraseando las famosas figuras de Marx, el "espíritu de un mundo sin espíritu", el factor movilizador y aglutinador de demandas concretas y terrenas; pero también, desde diferentes perspectivas, una ilusión opiácea: tanto para quienes la utilizaron para legitimar regímenes corruptos y autoritarios, como para quienes crean ver en los movimientos islámicos un futuro prometedor de democracia, apertura política, y proyectos revolucionarios. •

**PODRÍAMOS EXPLICAR AL ISLAM
POLÍTICO ENFATIZANDO LA
IMPORTANCIA OTORGADA A LAS
CUESTIONES CULTURALES,
PERO NO PORQUE ESAS CUESTIONES
SEAN INMUTABLES, SINO PORQUE SE
MANIFIESTAN COMO SÍMBOLO DE LA
RESISTENCIA CONTRA LOS AGENTES
IDENTIFICADOS COMO OPRESORES.**